

Adrian Goldsworthy

FILIPO
Y ALEJANDRO

REYES Y CONQUISTADORES

Traducción del inglés
Gonzalo Quesada

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Cronología</i>	11
<i>Mapas y gráficos</i>	17
Introducción. Unas palabras sobre Alejandro	45

PRIMERA PARTE

FILIPO II 359-336 A.C.

1. En el principio	59
2. Crisis	73
3. Macedonio, griego y bárbaro	91
4. Alianzas y esposas	113
5. La guerra y su precio	123
6. «No hui»: la derrota en Tesalia	137
7. El vengador	149
8. Paz	163
9. El príncipe	179
10. Viejos y nuevos enemigos	197
11. Queronea	209
12. Amor y Persia	225
13. «Adornado está el toro»: pasión, ambición y venganza	239

SEGUNDA PARTE
ALEJANDRO Y PERSIA
336-329 A.C.

14.	El ejemplo	255
15.	El ejército y el enemigo	271
16.	El río	289
17.	El nudo gordiano	307
18.	«Entonces sí hubo derramamiento de sangre»: la batalla de Issos, 333 a.C.	321
19.	«Manifiestamente una gran tarea»: el asedio de Tiro	335
20.	Un oasis y un dios	351
21.	La batalla de Gaugamela	363
22.	«La más odiosa de las ciudades de Asia»	381
23.	Un fin y un principio	393
24.	La tiara recta	411

TERCERA PARTE
ALEJANDRO, SEÑOR DE ASIA
329-323 A.C.

25.	La espada y la llama	425
26.	Más pobre por un beso	441
27.	India	455
28.	Victoria en la retirada	473
29.	Mar y arena	491
30.	El regreso del rey	503
31.	«Completamente perdido»	519
Epílogo. Lágrimas y una nariz rota		537
<i>Apéndice 1. Fuentes principales</i>		553
<i>Apéndice 2. Las tumbas reales en Vergina/Egas</i>		557
<i>Agradecimientos</i>		563
<i>Notas</i>		565
<i>Bibliografía</i>		615

Introducción

UNAS PALABRAS SOBRE ALEJANDRO

Algunas personas cambian la historia. Quizá todos lo hagamos al menos de un modo minúsculo, pero algunos líderes marcan una diferencia mucho mayor en los sucesos que conforman su propio mundo y el posterior. Decir esto no niega de ningún modo la importancia de otros factores más amplios. La sociedad, la economía, las tendencias demográficas y la tecnología contemporáneas subyacen en el ascenso y caída de las naciones y crean el contexto, limitando las posibilidades. Los actos y las personalidades de los seres humanos siguen teniendo importancia, e inevitablemente los líderes ejercen la mayor influencia. Tomemos un ejemplo obvio: había muchos factores que alimentaban el ascenso de una dictadura en Alemania tras la Primera Guerra Mundial, pero la personalidad de Hitler fue fundamental a la hora de determinar cómo se desarrollaría su trágica historia. Del mismo modo, en Estados Unidos y Gran Bretaña podría haber habido otros líderes si Roosevelt y Churchill hubiesen muerto cuando eran niños, pero por supuesto la Segunda Guerra Mundial habría sido diferente sin las decisiones que tomaron cada uno de ellos. Los líderes importan en cualquier época para bien o para mal, y hay ocasiones en la historia en las que unos pocos individuos marcan una profunda diferencia, incluso aunque gran parte de ella no sea intencional.

Filipo y Alejandro fueron de esa clase de líderes; entre ellos cambiaron el curso de la historia, y lo hicieron asombrosamente deprisa. En

menos de cuarenta años, el fracturado y atrasado reino de Macedonia llegó a dominar Grecia, y posteriormente atacó a la mayor superpotencia de la época y la venció. Crearon y lideraron la mejor fuerza combatiente vista en la historia, humillaron a Atenas y Esparta, destruyeron Tebas, incendiaron el palacio del rey persa, cruzaron el Hindú Kush y marcharon hacia lo que hoy es Pakistán. No eran simples incursiones, y ambos hombres fundaron muchas ciudades, donde sus soldados se asentaron para controlar el territorio conquistado. Aunque el imperio que forjaron Filipo y Alejandro no los sobrevivió como entidad completa, interpretaron un papel clave para extender el idioma y la cultura griegos en una vasta zona; y una clase de cultura griega distinta, cuyas ideas ya no estaban dominadas por las principales ciudades-estado. Las consecuencias fueron muchas y profundas, porque llevaron a que el Nuevo Testamento fuese escrito en griego, y que un imperio «romano» de lengua griega sobreviviese en el Mediterráneo oriental durante mil años después del último emperador que reinó en Italia.

Alejandro Magno es famoso, uno entre el puñado de líderes en quienes el epíteto ha permanecido. Pocos recuerdan ahora al romano Pompeyo Magno, así que de «los Grandes» nos quedan Alfredo en Inglaterra, Carlomagno en Francia, mucho más tarde Pedro y Catalina en Rusia y Federico en Prusia; estos tres últimos en un periodo relativamente corto de tiempo. Las victorias de Alejandro y su sola importancia empujaban la de otros, además de que nunca sufrió los catastróficos desastres militares que sufrieron otros como Napoleón, en parte gracias a su suerte y talento y más aún porque murió antes de cumplir los treinta y tres años.

Alejandro hizo mucho por conformar la imagen occidental del héroe joven: bajo, de cabellos y ojos claros y aspecto juvenil, era inconformista, impaciente, jactanciosamente confiado, siempre se demostraba que tenía razón cuando desafiaba la sabiduría de sus mayores, y era un hombre que guerreaba de un modo tan inteligente como feroz. Dirigiendo desde la vanguardia, consiguió más victorias que cualquier héroe de ficción en una espectacular carrera «vive deprisa, muere joven» que durante un corto espacio de tiempo lo convirtió en señor de gran parte del mundo conocido. Aunque sea cierto que nunca llegó a llorar porque no le quedaban más mundos que conquistar ni enfundó su espada por falta

de desafíos, eso no empequeñece lo que hizo en tan breve espacio de tiempo. Solo un puñado de ejércitos, ya en la moderna era mecanizada, han conseguido avanzar tan deprisa y durante tanto tiempo como los hombres de Alejandro.¹

Augusto no permitió que ninguna escultura, estatua, retrato o moneda lo mostrase mayor de los veintitantos años, pero aquello se trataba de un férreo control de su imagen y no un reflejo riguroso de un hombre que había alcanzado la setentena y tenía una mala dentadura. Alejandro también controlaba cuidadosamente su imagen, pero al contrario que Filippo o el emperador romano, murió antes de que la ancianidad se convirtiese en un problema.

Pero sin Filippo no habría habido un Alejandro, porque Filippo le dio nueva forma a Macedonia, haciéndola crecer, más fuerte y más unida, y además creó el ejército desde cero e incluso el plan de atacar Persia. Y conseguir una gloria aún mayor. Filippo murió a los cuarenta y seis años, y resulta demasiado fácil olvidarnos de que tenía como mucho veintitrés años cuando se convirtió en rey. Por entonces, él era el monarca joven, sin cicatrices y carismático, con solo unos modestos logros militares propios, pero con la confianza y energía para salvar a un reino al borde del desmembramiento y convertirlo en una potencia militar y económica. La historia de cómo lo hizo merece su propio relato, además de ser esencial para comprender lo que hizo su hijo.

Aun así, la sombra de Alejandro es muy larga, y otro joven héroe, y menos aún su padre, no encaja fácilmente con su imagen; igual que César debe ser siempre el amante mayor de Cleopatra y Marco Antonio el joven aventurero, incluso aunque tuviese más de cincuenta años cuando se suicidó, como mucho un par de años más joven que César en los Idus de marzo. En general, los romanos reciben más atención que los griegos en ficción, películas e incluso documentales. El descubrimiento en los años ochenta de las tumbas reales en Vergina al norte de Grecia y la posible identificación de unos restos como los de Filippo apenas llamó la atención, e incluso Alejandro no recibe más que una ocasional cobertura en televisión, habitualmente relacionada con sus batallas. Dos películas de Hollywood han intentado contar su historia; Richard Burton lo interpretó en 1956 y Colin Farrell en 2004, pero ambas películas resultaron irregu-

lares debido a que es muy difícil encajar la pura escala del relato dentro de unas pocas horas de película. En ambas Filippo aparece como el anciano, poco menos que acabado, y la historia solo se pone en marcha cuando es asesinado y deja paso a Alejandro.

Mi amor hacia el mundo antiguo comenzó con los romanos, y concretamente con la presencia romana en Britania y su ejército, aunque el interés creció, como el de todos, cuando pronto me di cuenta de que Roma solo podía comprenderse en el contexto de la Grecia clásica y helenística. En mi infancia, Alejandro era poco más que un nombre, y por mi cariño por las epopeyas cinematográficas vi con ganas la película de Richard Burton cuando la emitieron en televisión, aunque poco recuerdo, aparte del tropezón de Filippo cuando atacó a su hijo y el discurso de Burton antes de la batalla, que acaba con «Mata a Darío, mata a Darío, mata a Darío». Tenía diecisiete años, y cursaba los últimos años de secundaria, cuando estudié por primera vez a Alejandro con cierta profundidad, y no me encontré con Filippo hasta unos años después, concretamente cuando, siendo un joven profesor universitario, me encargaron impartir seminarios sobre padre e hijo.

El tirón de la historia y cultura griegas es fuerte, como entendieron los romanos. Hay algo casi increíble sobre el estallido de creatividad procedente de un pueblo que vivía en una zona tan pequeña y que en un breve periodo de tiempo creó la idea de la democracia (y la discusión política), desarrolló ideas filosóficas y plantó muchas de las bases del pensamiento científico, al mismo tiempo que producía obras literarias que siguen siendo conmovedoras y provocativas hasta nuestros días. En el Arte también representaron a seres humanos de un modo más vívido, y al mismo tiempo idealizado, que nunca antes. Más que cualquier otra cosa, la Grecia clásica es un microcosmos de la humanidad, porque junto con todas sus maravillas y grandezas, existía el salvajismo y la crueldad, el egoísmo y los prejuicios, y la disposición a despreciar al resto del mundo como bárbaros y aceptar la esclavitud como algo normal. Los griegos fueron grandiosos y terribles, igual que a través de los siglos la humanidad ha demostrado ser capaz de alcanzar los extremos de la bondad y la maldad. En muchos sentidos, Filippo y Alejandro representan esta paradoja, como hombres que construyeron y destruyeron, y actuaron a partir de un

impulso muy griego por sobresalir por el mero deseo de hacerlo... y, por supuesto, también por beneficio personal.

Este libro es sobre Filipo y Alejandro, y pretende contar la historia de cada uno de ellos con tanta profundidad y detalle como sea posible, porque hasta ahora ningún libro lo había hecho para el público en general. Abundan los libros sobre Alejandro, porque todos los años se publica al menos una nueva biografía o un estudio de algún aspecto de sus campañas. Algunos son muy buenos y no tengo intención de añadir otro al montón, pero, en contraste, Filipo es ignorado y rara vez se escribe sobre él y habitualmente es como prólogo para su hijo. Esto no solo es injusto dada la importancia de Filipo, sino que también debilita nuestra comprensión del comportamiento de Alejandro, porque las similitudes en el modo en que padre e hijo libraban sus guerras y utilizaban la política son muy reveladoras. Contemplar a ambos hombres nos ofrece un modo mejor de ponerlos en contexto, y de hecho hace que sus logros sean más notables.

La grandeza de lo que lograron Filipo y Alejandro es asombrosa. No pretendo decir que eso fuera bueno para el mundo en general, o que sus motivos fuesen ni remotamente altruistas. El trabajo de un historiador consiste en descubrir y entender el pasado, y eso no es fácil, especialmente cuando nos las vemos con el Mundo Antiguo. Este libro no busca juzgar a Filipo y Alejandro o a sus contemporáneos en términos morales, sino establecer lo que ocurrió, cómo ocurrió, y, cuando ha sido posible, por qué ocurrió. Además de contarle al lector lo que se sabe sobre esta era, es igualmente importante *no* saberlo, y dejar claro que las conjeturas y suposiciones son eso y no hechos. Alejandro ha aparecido con muchos epítetos a lo largo del tiempo, desde santo a monstruo, desde genio militar a matón eficiente, y recientemente incluso como icono gay o bisexual. Aquellos que miran al pasado para justificar sus puntos de vista sobre el presente verán pronto lo que desean ver, pero no hacen buena Historia, porque no nos acerca a comprender lo que ocurrió en realidad ni el mundo de aquellos seres humanos.

Una auténtica biografía de Filipo o Alejandro es imposible, porque hay tantas cosas sobre ellos, y especialmente en sus pensamientos, emociones e ideas, que no se pueden conocer. Comparados con César o Augusto, no sobrevive prácticamente nada en sus propias palabras, y nada

de ello nos habla de sus pensamientos privados, al menos lo que estamos seguros de que es genuino. Este libro intenta contar la historia de sus vidas, hasta donde lo permiten las fuentes, y para este fin es vital recordar que ellos y quienes los rodeaban eran sencillamente personas, como nosotros, aunque productos de culturas muy diferentes. Merece la pena hacer algunas de las preguntas que se haría un biógrafo aunque la mayoría no se puedan contestar con certeza alguna. Sin embargo, uno de los mayores errores que uno puede cometer en un libro como este es crear a sus propios Filipo o Alejandro y luego completar los huecos decidiendo que esa es la clase de cosas que ellos habrían hecho dadas las circunstancias. La honestidad es importante, quizá especialmente cuando admitimos lo que es desconocido.

En muchos sentidos, este libro es de Historia a la vieja usanza, con énfasis en la guerra y la política, porque ambas son el tema principal de las fuentes antiguas (y es cierto de Filipo y Alejandro), y presenta la historia como una narrativa. No pido perdón por ello. La Historia narrativa es la prueba para comprender cualquier época, porque las mejores teorías de Historia social o económica, por no mencionar otros enfoques académicamente de moda, no consiguen encajar ni ayudar a explicar, lo que sería lo ideal, el curso más amplio de los acontecimientos. Un propósito es averiguar dónde se encontraban Filipo y Alejandro en un momento dado y qué hacían. Eso significa que se habla mucho de campañas, batallas y asedios, porque ambos hombres pasaron la mayor parte de sus vidas adultas guerreando. En este libro hay muchas muertes, muchas ciudades asaltadas, muchas masacres y la condena a la esclavitud de sus habitantes: los detalles pueden volverse repetitivos, además de desagradables. Me sentí tentado a pasar por encima de muchos de estos hechos y en ocasiones he resumido en unas pocas líneas semanas o meses de operaciones, pero por lo general he intentado resistirme a la tentación, porque el peligro es que olvidaríamos cuánto tiempo dedicaron ambos hombres a librar escaramuzas a pequeña escala.

Filipo y Alejandro lideraban a sus ejércitos con un estilo que hacía que pusiesen sus vidas en peligro mucho más que los líderes romanos como Julio César, por no mencionar a los generales de siglos más recientes. Ambos hombres resultaron heridos varias veces, y ambos estuvieron

cerca de morir en combate en luchas contra comunidades y pueblos que eran prácticamente desconocidos incluso en el Mundo Antiguo. Ambos pasaron la mayor parte de sus vidas adultas marchando en toda clase de climas sobre toda clase de terrenos, y entre pequeñas luchas y peligros, viviendo en campamentos rodeados de sus ejércitos. Ni Filipo ni Alejandro disfrutaron de prolongados periodos de descanso durante los que formular políticas con cuidado y consideración, porque muy rara vez permanecían en el mismo lugar. Supuestamente, los diplomáticos se asombraban cuando se veían ante Alejandro, conquistador de Persia, vestido con su armadura, manchado por el sudor y cubierto de polvo, en vez de rodeado de la pompa y la ceremonia asociadas con la realeza. A veces hubo lujo y excesos, pero los peligros, las dificultades y el agotamiento eran aún más frecuentes.²

Resulta imposible decir qué significaba todo aquello para estos dos hombres, o hacer poco más que conjeturar cómo les cambió la experiencia, o el precio que les cobraron el agotamiento y las heridas. La mayor parte de las veces, los consejeros importantes del rey eran hombres que compartían sus experiencias, dificultades y peligros, así que aparte de las presiones del reinado, sus vidas no eran especialmente únicas. Hay muchas cosas que no podemos saber. Olimpia, la madre de Alejandro, tenía claramente una fuerte personalidad, y resultaría revelador saber mucho más acerca de ella para entender su relación con su esposo y su hijo, pero no existen pruebas. Las mujeres suelen ser una presencia oscurecida en gran parte de la Historia Antigua y, aunque es obvio que a menudo tenían una gran influencia, no se han conservado sus voces y son vistas únicamente a través del prisma de otros. Lamentarlo no cambia que sea así.

Los reyes macedonios eran polígamos por tradición, y Filipo tomó al menos siete esposas con las que tuvo cinco hijos que llegaron a la edad adulta. Se ha dicho, ciertamente de boca de observadores griegos que, si no sus logros, sí despreciaban su personalidad, que también tuvo muchas aventuras románticas y tomó como amantes tanto a mujeres como hombres. Alejandro se casó tres veces, todas ellas en los últimos años de su vida. La tradición sobre él es muy diferente: se afirma que no se acostó con una mujer hasta que tuvo veintitrés años convirtiéndola en su amante. Se le adjudica una relación homosexual con Hefestión, amigo de juventud, y

más tarde con el eunuco Bagoas, además de insinuarse otras, pero el énfasis se pone siempre en su dominio sobre sí mismo y su autocontrol, excepcional según los estándares contemporáneos y, sobre todo, comparado con el promiscuo Filipo. En general, las fuentes sugieren que muchos reyes y aristócratas macedonios tomaban amantes de ambos sexos, aunque es necesario ser precavido dado que se trata de afirmaciones escritas por extranjeros que los retratan como seres bárbaros. También están influidas por la muy arraigada idea de que la actividad sexual excesiva, en ocasiones agresiva, era la marca de reyes y tiranos. Cada caso debe estudiarse individualmente, incluso aunque rara vez podamos establecer la verdad. Pero lo que destaca es lo poco que esas fuentes dedican a la vida amorosa de estos hombres, o de cualquier otra figura importante del Mundo Antiguo. La sexualidad era una preocupación menor cuando los griegos o los romanos intentaban comprender la personalidad de alguien, algo que debería poner en perspectiva esta moderna obsesión.

Las fuentes presentan muchos problemas. Incluso para los estándares de estudio de la Historia griega y romana, y no solo porque no hablen de muchas cosas que nos interesan (ver en el Apéndice I una lista completa de las fuentes). Durante su vida y poco después se escribió mucho sobre Filipo, aparte de sus propios decretos y cartas públicas, pero nada de ello ha sobrevivido intacto. Las únicas pruebas contemporáneas o semicontemporáneas que tenemos consisten en fragmentos de esas obras citados por autores posteriores, un pequeño número de inscripciones y los discursos de oradores atenienses, pronunciados ante un público que entendía mucho más de su propio mundo de lo que podamos entender nosotros, en un entorno político donde la verdad tenía una importancia menor. Las únicas narrativas supervivientes de la vida de Filipo se escribieron mucho después, y las más completas son la de Diodoro Sículo, que escribió su *Biblioteca Histórica* en el siglo I a.C. y la de Justino, que escribió en algún momento entre los siglos II y IV d.C. un *Epítome* de la historia general escrita anteriormente por Pompeyo Trogo. Filipo no era el tema principal en ninguno de los casos, y su carrera era simplemente un episodio bastante breve en sus narraciones más amplias del pasado. Ninguna de las fuentes sería la primera elección de un estudioso en cuanto a fiabilidad si hubiese algo mejor.

Sobre Alejandro ha trascendido mucho más material, a menudo enfocado en él y excluyendo la historia más amplia, pero aquí el problema de la distancia temporal está todavía más señalado. Tradicionalmente, los historiadores se han apoyado mucho en Arriano y Plutarco, que escribieron sus obras en el siglo II d.C., más de cuatrocientos años después de la muerte de Alejandro, tan lejanos a él como nosotros lo estamos de Isabel I y los primeros días de la América colonial. Los griegos que escribieron durante el Imperio romano (ambos eran ciudadanos romanos y Arriano era un distinguido senador) vivían en un mundo muy diferente, y resulta difícil saber cuándo interpretaban el pasado según los estándares de su tiempo. Esto es más cierto aún de Curtio, un romano que escribió en el siglo I d.C. y que claramente estaba influido por su experiencia de haber vivido bajo emperadores romanos. Diodoro dedica más espacio a Alejandro que a Filipo, aunque han desaparecido partes sustanciales de su obra, igual que una parte significativa de la historia de Curtio relativa a los primeros años del rey y algunos de sus últimos meses de vida.

Todos los autores que han llegado hasta nosotros han utilizado fuentes que no han sobrevivido, algunas de ellas escritas por testigos presentes u otros que vivieron mucho más cerca de los acontecimientos. Arriano nos cuenta que se basó sobre todo en Aristóbulo, un miembro de la corte de Alejandro, y en Ptolomeo, uno de sus oficiales que más adelante llegaría a ser gobernante de Egipto, y que confía en ellos porque estaban en posición de saber la verdad y, en el caso de Ptolomeo, porque mentir sería «vergonzoso» para un rey. Los estudiosos han dedicado mucho esfuerzo e ingenio examinando las fuentes supervivientes con la esperanza de alcanzar las fuentes definitivas y, tomándolas como base, juzgar la veracidad del material que contienen. Así, muchos han contrastado la versión «oficial» de la carrera de Alejandro, que tiende a ser sobria y halagadora con el rey, representada por Arriano, con la «vulgata» de Diodoro y Curtio, que es hostil y sensacionalista. Así, y con la mejor de las intenciones, han intentado extraer certezas de la confusión y las contradicciones que se encuentran en las pruebas, ignorando las débiles bases de sus asunciones subyacentes y la facilidad con que se pueden venir abajo. Es más honesto y sencillamente mejor reconocer que nuestras fuentes son muy posteriores, y que no podemos estar seguros de lo fiable que era la información

que tenían a su disposición, o cómo la utilizaron. Solo tenemos lo que ha llegado hasta nosotros, y lo único que podemos hacer es utilizarlo lo mejor posible, juzgando a cada autor por sus propios méritos.³

Las fuentes restringen lo que podemos decir sobre Filipo y Alejandro, y generaciones de estudios todavía nos dejan con muchos desacuerdos e incertidumbres. Otro motivo para escribir este libro es llevar parte de este trabajo a un público ajeno a los especialistas, y al principio debería reconocer la tremenda deuda que les debemos. La literatura sobre Filipo y Alejandro es vasta y no deja de crecer, y se va desarrollando para hacer preguntas nuevas y adoptar nuevas formas de análisis. La obsesión con Alejandro se ha convertido en un estudio más amplio de la historia de Macedonia, ampliando el abanico de temas más de lo que se hizo en el pasado. Las notas y la bibliografía les darán a los lectores interesados acceso inicial a la literatura académica. Ningunas son exhaustivas, porque citar todas las obras sobre este tema significaría que las referencias empujarían el texto principal del libro.⁴

En su mayoría, mi propia obra se ha dedicado a los romanos, así que no soy un especialista en el estudio del siglo IV a.C., y no me atrevo a decir que respondo a todas las preguntas sin respuesta ni que haya revolucionado la comprensión académica del periodo. Espero que tenga la ventaja de una perspectiva más amplia y un enfoque que es a la vez nuevo y útil. La perspectiva es uno de los mayores problemas para cualquier historiador, como lo es la excesiva familiaridad con un periodo, porque puede llevar a tomar demasiadas cosas por supuestas. El crecimiento de Macedonia bajo Filipo y Alejandro fue tan inesperado como veloz, y resulta demasiado fácil olvidarlo. Cuando Alejandro muere, todavía quedaban muchas personas que habían sido adultos durante los caóticos años anteriores a la ascensión de Filipo al trono. Aquellos años no eran tan lejanos, pero saber que las reformas de Filipo cambiaron radicalmente la naturaleza de Macedonia, convirtiéndola en una potencia formidable, y que su hijo marcharía hasta la India puede hacer que resulte difícil entender lo impresionante y pasmoso que les resultó a sus contemporáneos.

Filipo fue asesinado a los cuarenta y seis años, y Alejandro murió pocas semanas antes de su trigésimo tercer cumpleaños sin dejar un sucesor claro. Esos son los hechos, y, como muchos otros, es vital recordar que

nadie sabía que aquello iba a ocurrir así, ni que llevaría a los macedonios a tantas victorias contra un amplio abanico de oponentes en condiciones muy diferentes. Una de las claves para entender a estos hombres es tener en mente lo mucho que hicieron y lo muy deprisa que lo hicieron. Hasta donde sea posible, este libro enfocará la historia como si el final fuese incierto y, aunque vuelvo a admitir mi extensa deuda con todo el trabajo que se ha hecho sobre ellos y su época, también volveré a las fuentes con una mentalidad abierta a ver qué clase de historia cuentan.

PRIMERA PARTE
FILIPO II
359-336 A.C.

«Tus pensamientos alcanzan más allá del cielo»

EN EL PRINCIPIO

Mucho antes de Filipo o Alejandro existía Macedonia, un reino en el norte de Grecia gobernado por la dinastía Argéada. La naturaleza de esta familia es importante, puesto que la aristocracia nunca cuestionó su derecho único para convertirse en reyes. Una justificación era que los argéadas decían ser distintos, en origen extranjeros, descendientes de un noble exiliado de la ciudad de Argos en el sur del Peloponeso griego que, en el siglo VII a.C. viajó al norte con su familia y su personal y conquistó un nuevo reino. Como aristócratas de Argos, decían que Hércules, el semidiós hijo de Zeus, era el fundador de su linaje, y a menudo lo adoraban como *Herakles Patruois* (el «ancestro» o «padre»). Esas historias eran corrientes en el Mundo Antiguo; es conocido que los romanos se jactaban de que su ciudad había sido fundada por Rómulo, hijo de Marte y descendiente de Eneas, a su vez hijo de Venus, que había encabezado a un grupo de troyanos tras el saqueo de su ciudad para asentarse en Italia. Hacia el siglo I a.C., los eduos, una gran tribu que vivía en las Galias, decían ser descendientes de otros refugiados de Troya, lo que los convertía en «hermanos» de los romanos y facilitó la alianza entre la tribu y la república romana.¹

A las comunidades antiguas les gustaban esa clase de historias, y se las inventaban alegremente cuando les resultaba conveniente, lo que hace que sea difícil saber si alguna de esas historias contiene la más mínima

traza de verdad. Quizá los argéadas provenían de algún otro lugar, y fuesen un jefe y su grupo de guerreros obligados a abandonar su patria o emigrantes en busca de oportunidades, pero es imposible saberlo. Fuese cual fuese el motivo, solo un argéada podía ser rey de Macedonia, una norma que nunca se rompió hasta la extinción definitiva de la dinastía con el asesinato de Alejandro IV, hijo de Alejandro Magno, en 310 a.C. Algo en el linaje argéada se consideraba especial y sagrado, porque el rey desempeñaba un importante papel por estar de algún modo relacionado más de cerca con los dioses. La tradición decía que uno de los antepasados de Filipo, recién nombrado rey tras la muerte de su padre, fue llevado en brazos siendo bebé para unirse al ejército macedonio en su combate contra los ilirios, convirtiendo la derrota en una victoria. Más normal era que el rey adulto encabezase al ejército en todas las ocasiones importantes y presidiese los festivales principales, y las tareas reales de cada día comenzaban con el rey en persona cortándole el cuello al animal de sacrificio.²

Los argéadas eran especiales al ser los únicos poseedores del derecho a gobernar, pero eso no le daba una gran estabilidad a Macedonia, dado que cualquier hombre argéada podía ser rey si gran parte del pueblo lo apoyaba o al menos estaba dispuesta a aceptarlo. Por lo que sabemos, no había una regla fija al respecto de quién sería el sucesor a la muerte del rey. Si su primogénito era adulto, probablemente necesitarían un buen motivo para no elegirlo, pero sin duda era posible. Se podía preferir a sus hermanos, o a miembros de otra familia de la dinastía. Aunque un grupo de hombres adultos que representaba al pueblo en armas, o al menos a los más significativos entre ellos, aclamaban a un nuevo rey haciendo chocar las armas contra los escudos, no existía el concepto de elección para elegir a los candidatos reales. En lugar de eso, un hombre decía ser el rey y más adelante veía si lo apoyaban y era capaz de sobrevivir. En ocasiones había muchas otras opciones disponibles, porque los argéadas eran prolíficos, ayudados por su tradición de poligamia. También tendían a vivir mucho, al menos si no encontraban un final violento.³

Del principio se conocen los nombres de los reyes, incluyendo el primer Filipo, pero poco más es seguro, y la dinastía comienza a aparecer en la historia registrada en la segunda mitad del siglo VI a.C., con el gobierno de Amintas I, que fue sucedido alrededor de 598 a.C. por su hijo

Alejandro I, y luego en 454 a.C. por su nieto Pérdicas II. Tras esos largos reinados, el reino se volvió menos estable; muchos de los monarcas posteriores fueron asesinados por quienes los rodeaban. En 399 a.C., Arquelao I fue asesinado durante una cacería; los conspiradores no consiguieron hacer que pareciese un accidente. El filósofo Aristóteles juzgaba que el rey había sido asesinado debido a sus propios vicios, muriendo a manos de un decepcionado joven amante, aunque explica que la política, junto con los rencores personales, jugó un papel. Arquelao había gobernado bastante prósperamente durante catorce años, fortaleciendo su reino, pero había alcanzado el poder mediante asesinatos y ejecuciones. Era el hijo del rey Pérdicas II, pero el filósofo Platón afirma que su madre no era más que una esclava posesión de su tío. Puede que solo se trate de un insulto, un malentendido por la poligamia real o incluso sea cierto, lo que confirmaría que el hijo de una concubina podía ser reconocido como legítimo. Arquelao mató a su tío, al hijo de su tío y también a un medio hermano para llegar a coronarse.⁴

Amintas III se proclamó rey en 393 a.C., el quinto rey en seis años desde el asesinato de Arquelao. Puede que uno de sus cuatro antecesores muriese de enfermedad, pero el resto fueron asesinados, y los detalles concretos y la duración de sus reinados son difíciles de descifrar. Muy probablemente, Amintas asesinó a su inmediato predecesor. El nuevo rey era bisnieto de Alejandro I. El primer Alejandro tuvo una vida larga y había tenido al menos seis hijos, incluyendo al abuelo de Amintas, pero ni este ni el padre de Amintas habían sido reyes. Por el motivo que fuese, la familia había sido ignorada hasta entonces, porque Amintas ya era un hombre maduro y a esas alturas claramente todavía no había sido contemplado como un candidato obvio para el trono. Pero a pesar de la gran mortalidad entre los argéadas durante los últimos años, algunos rivales sobrevivieron y pronto reaparecieron. Aparte de la amenaza que suponían los propios parientes de Amintas, su reino estaba rodeado por enemigos extranjeros.⁵

Los primeros en actuar fueron los ilirios, viejos adversarios de los macedonios, que vivían en el noroeste. Era un pueblo numeroso y belicoso dividido en muchas tribus diferentes que seguían a reyes y jefes distintos. Ilirios era el nombre que los griegos les dieron a los «bárbaros» que

vivían en esta zona, igual que habían nombrado a otros grupos como celtas, tracios o escitas porque les parecían similares y les resultaba más sencillo utilizar términos generales que comprender la complicada realidad de tribus y clanes. Hay pocas razones para creer que los ilirios tuviesen un gran sentido identitario común, y desde luego no poseían idea alguna de país. Sin embargo, para principios del siglo IV a.C., un líder llamado Bardilis, muy probablemente rey de una tribu llamada los dárdanos, había unido bajo su mando no solo a su propio pueblo, sino a muchos de sus vecinos. Puede que estuviese tras la gran invasión que golpeó el corazón de Macedonia unos pocos meses antes de que Amintas III se proclamase rey. Fuese cual fuese el grupo de ilirios responsable, el nuevo rey se vio obligado a huir y probablemente se refugió en Tesalia, el vecino sureño de Macedonia.⁶

Amintas acabó por regresar, ayudado por sus aliados tesalios; normalmente a los ilirios les interesaba más el saqueo y la extorsión que la ocupación permanente, de modo que Amintas no tuvo que expulsarlos. Es posible que un hombre llamado Argeo hubiese aprovechado la fuga del rey para hacerse con el trono, porque según Diodoro, algunas de sus fuentes dicen que el hombre gobernó durante dos años, pero todo este episodio resulta oscuro y difícil de interpretar. Una década después tuvo lugar otro importante ataque ilirio, al que pronto siguió la hostilidad de algunas de las comunidades griegas de la Calcídica, la región de tres penínsulas situada al este. Estaban encabezadas por Olinto, una ciudad-estado que Amintas había intentado apaciguar en el pasado. El rey se vio obligado a huir de nuevo, y esta vez necesitó la ayuda de Esparta para recuperar el trono en 382 a.C.⁷

Resulta difícil saber cuánta parte de Macedonia llegó a controlar Amintas durante su reinado. El corazón del reino era la Baja Macedonia, las ricas llanuras al norte del monte Olimpo y alrededor del golfo Termáico en la costa del Egeo. Era una buena región agrícola, con una población más asentada que habitaba en pueblos y aldeas. Más importantes eran el antiguo centro real en Egas, el «lugar de las cabras» (la moderna Vergina), y la ciudad aún mayor de Pela, que había crecido en tamaño e importancia bajo Arquealo I. La Baja Macedonia estaba rodeada de montañas. La Alta Macedonia se encontraba más allá, también encerrada por cordilleras

cruzadas solo por un puñado de pasos. Su población era todavía predominantemente ganadera, y estaba dividida en varias regiones de carácter independiente, como la Lincéstide y la Elimia, cada una con su propia dinastía real. No parece que esos reyes locales cuestionasen nunca a los argéadas por el gobierno de toda Macedonia, pero se resistían firmemente al control central y estaban dispuestos a luchar para conservar su independencia, incluso aliándose con ilirios y otros vecinos como los molosos del Epiro al oeste. Los reyes argéadas, más fuertes, imponían su voluntad en la mayor parte de la Alta Macedonia. Monarcas más débiles, como Amintas, tenían que esforzarse para conciliar y persuadir.⁸

Amintas III tuvo al menos dos esposas, y hasta donde sabemos estuvo casado con ambas mujeres simultáneamente, no en sucesión. La poligamia les resultaba extraña y aberrante a la mayoría de los griegos, o al menos a los hombres atenienses educados, que conforman abrumadoramente lo que nos gusta considerar como la opinión griega. En el mundo griego, la poligamia era la marca de un tirano, del que se esperaba que fuese un depredador sexual, y generalmente inmoral y cruel (todo lo cual dirían posteriormente sobre Filipo sus críticos atenienses). Los monarcas extranjeros, particularmente el rey de reyes en Persia, tendían a ser polígamos, lo que reforzaba la sensación de que se trataba de algo extraño inherentemente malo. Los atenienses se sentían incómodos con la idea de que las reinas tuviesen influencia política alguna, así que tener más de una reina al mismo tiempo, todas rivalizando por el poder, les parecía especialmente siniestro.⁹

Nuestra mejor evidencia de la poligamia macedonia nos llega del propio Filipo, que tomó siete, o posiblemente ocho, esposas. Las dos esposas de su padre y el número de argéadas sugiere que se trataba de una tradición establecida, dado que de no haber sido así sin duda nuestras fuentes criticarían a Filipo por lo que considerarían una innovación de mal gusto. No hay pruebas directas de poligamia entre los macedonios en general, así que podría ser exclusiva entre los argéadas o más probablemente, del rey. Uno de los resultados era que a menudo había muchos reyes en potencia, algunos de ellos dispuestos a desafiar al rey de turno. Como hemos visto, la mayoría de los reyes macedonios tuvieron muertes violentas, normalmente a manos de alguien cercano, y lo mismo se puede

decir de otros argéadas, asesinados porque habían pretendido, o se temía que pretendiesen, el trono.

Una de las esposas de Amintas III, Eurídice, dio a luz a Filipo en 382 a.C., o quizá un poco antes, en 383 a.C., basándonos en que una fuente nos dice que tenía cuarenta y seis años cuando murió, y otra nos dice que cuarenta y siete. La discrepancia puede deberse a los diferentes métodos de contar, y si se considera que desde el nacimiento el individuo ya tiene un año. Para aumentar a la confusión, los griegos utilizaban varias maneras de medir el tiempo, normalmente basadas en meses lunares, y ninguna de ellas corresponde al moderno calendario solar de doce meses, derivado como sabemos del sistema introducido por Julio César en 46 a.C. Esto significa que incluso cuando una fuente nos da una fecha para algo, puede haber ocurrido a finales de lo que para nosotros es el año anterior. De hecho, bastante a menudo, los historiadores y biógrafos antiguos no se molestan en entrar en muchos detalles sobre el nacimiento de alguien, a menos que coincidiese con un suceso importante o más tarde se rodease de historias que profetizaban un gran destino. Como resultado, no podemos estar seguros de en qué año nacieron César, Cleopatra o Marco Antonio, por no mencionar a muchas otras figuras menos conocidas del Mundo Antiguo, dado que ninguna de nuestras fuentes nos lo dice.¹⁰

Las historias antiguas tampoco conservan ninguna anécdota sobre el nacimiento o la infancia de Filipo. Esto tampoco es extraño, excepto por un puñado de individuos como Alejandro y el emperador Augusto, y en esos casos mucho será producto de invenciones románticas posteriores. Las vidas de mujeres y niños rara vez ocupaban la atención de nuestras fuentes. Con respecto a César y otros aristócratas romanos de su época podemos obtener alguna idea de los rituales que rodeaban a los nacimientos, comunes entre su clase social, y nos dan una imagen genérica del suceso. Simplemente no existe información similar sobre las prácticas de la familia real macedonia en el siglo IV a.C., o tiene poco valor; se dice que Filipo echó a uno de sus oficiales por tomar baños calientes, un lujo que los macedonios no permitían siquiera a las mujeres de parto, mientras que sabemos que Artemisa Ilítia, diosa de los nacimientos, era venerada en el lugar sagrado de Díon. Dado que los rituales y sacrificios impregnaban todos los aspectos de la vida del Mundo Antiguo, especial-

mente para los reyes de Macedonia, podemos suponer con cierta certeza que el nacimiento del hijo de Amintas III fue celebrado con la debida ceremonia, al menos dentro de su casa. En el mundo exterior pocos habrían prestado mucha atención, porque Macedonia se encontraba en los límites, algunos dirían incluso más allá, del mundo de los griegos, y no era una gran potencia ni estaba considerada un importante centro cultural.¹¹

El parto era un momento peligroso tanto para la madre como para el bebé. La madre de Filipo ya había sobrevivido a la experiencia al menos dos veces, porque le había dado a su esposo otros dos hijos, Alejandro y Pérdicas. En algún momento, la pareja también tuvo una hija, Eurínoe, pero no está claro qué orden ocupa entre los hermanos, aunque lo más probable es que fuese mayor que Filipo. Ellos cuatro son los hijos que alcanzaron la edad adulta, y es muy posible que existiesen otros que no sobrevivieron. Las cifras de mortalidad infantil eran pasmosamente altas en el Mundo Antiguo, aunque algunos creen que el corazón del reino de Amintas sufría una plaga de mosquitos portadores de malaria, lo que incrementaba el riesgo para todas las edades. A pesar de esto, la madre y los cuatro hijos sobrevivieron y vivieron más que el esposo.¹²

Amintas III también se casó con una mujer llamada Gigea, con quien tuvo otros tres hijos, todos los cuales alcanzaron la edad adulta. Los tres hijos de Eurídice eran preferidos como candidatos al trono por encima de los de Gigea, lo que podría sugerir que estos eran más jóvenes, a menos que hubiese otros motivos para que fuesen ignorados. Es posible que otra esposa o esposas hayan quedado sin pasar a la Historia, porque Diodoro menciona a un hijo más de Amintas. Tampoco era completamente inconcebible que un hijo ilegítimo fuese reconocido como el auténtico sucesor. Así, es posible que desde su nacimiento Filipo tuviese la posibilidad de llegar a ser rey, pero es improbable que fuese obvio o no tuviese oposición, y si sus hermanos mayores hubiesen vivido más tiempo quizá nunca habría gobernado.¹³

Eurídice venía de una de las dinastías de la Alta Macedonia, porque su abuelo materno era rey de la Lincéstide. Pero su padre se llamaba Sirras y puede que fuese ilirio. La Alta Macedonia corría riesgo constante de saqueos ilirios y hubiese tenido mucho sentido que una dinastía local formase una alianza por matrimonio con un líder poderoso de las tribus.

A su debido tiempo, Filipo tomaría una esposa iliria por los mismos motivos, así que no hay nada inherentemente imposible en este escenario, aunque algunos estudiosos prefieren creer que era totalmente lincéstida. Plutarco dice que Eurídice era iliria, «tres veces bárbara», y afirma que era analfabeta hasta que, de adulta, aprendió a leer y escribir griego junto con sus hijos. Cita una inscripción ahora perdida que ella dedicó a las Musas, «cuando consiguió lo que más deseaba aprender, madre de jóvenes y vigorosos hijos, y gracias a su diligencia consiguió aprender las letras».¹⁴

Dos inscripciones encargadas por Eurídice han sobrevivido de Egeas, ambas dedicadas a Euclea en el templo consagrado a esta deidad de la buena reputación. En Atenas se construyó el templo de Euclea para conmemorar la victoria sobre los persas en la batalla de Maratón, pero en otras ciudades griegas las capillas no parecen haber tenido ninguna relación con la guerra. En su lugar, se relacionaba a la diosa con Artemisa (la cazadora virgen gemela de Apolo) y en ocasiones se afirmaba que era la hija de Hércules; sus templos se encontraban cerca de mercados y a menudo eran visitados por parejas que le hacían ofrendas antes de casarse. Fuese cual fuese la naturaleza concreta del culto de Euclea en Egeas, Eurídice es la primera mujer de la familia real macedonia que ha dejado algún rastro de presencia pública, aunque puede que esto solo sucediese tras la muerte de su esposo.

Se cree que algunas mujeres ilirias eran entrenadas como guerreras, lo que provoca conjeturas (si es que era de hecho la hija de uno de los líderes tribales) acerca de que la esposa de Amintas era mucho más enérgica que la mayoría de las mujeres de la familia real macedonia. Dado que sabemos muy poco sobre ella, no es buena idea hacer algo más que conjeturar, y podría ser que simplemente Eurídice tuviese una fuerte personalidad y que las circunstancias le permitiesen reafirmarse. Muchos griegos, y especialmente atenienses, se horrorizaban ante la idea de que una mujer ostentase el poder, así que no es coincidencia que algunas de las fuentes la describan de un modo extremadamente hostil como traicionera y esclava de sus pasiones. Hay temas similares recurrentes cuando nos encontramos con otras mujeres enérgicas de familias reales.¹⁵

Amintas III murió en 370 a.C. Según ejemplos recientes de la familia argéade había vivido mucho tiempo, sobreviviendo a amenazas proce-

dentes de todas partes, aunque a menudo al precio de hacer importantes concesiones a potencias extranjeras, dejando su reino débil y vulnerable. Aparentemente, murió de causas naturales, lo que sería un logro en sí mismo en la sangrienta política de los argéadas. Justino, en su *Epítome*, repite una historia acerca de un complot de Eurídice para asesinar a su esposo. En esta versión, estaba teniendo una relación con el esposo de su hija, y había planeado casarse con él y colocarlo en el trono en lugar de Amin-tas. No se cuenta qué habían planeado para Eurínoe, pero esta descubrió el complot y se lo reveló a su padre. La conspiración se vino abajo, y se supone que el rey le perdonó la vida a su esposa por el bien de sus hijos. Esta anécdota estrambótica e inverosímil no aparece en ninguna otra fuente, y es la única evidencia de la existencia de Eurínoe, la hermana de Filipo.¹⁶

Alejandro II, el hijo mayor de Eurídice, ocupó el trono. Filipo tenía alrededor de doce años, y su hermano dieciocho o más, dado que era improbable que alguien más joven hubiese gobernado sin un regente. Sin duda era activo y osado, y pronto encabezó una expedición para intervenir en una lucha de poder en Tesalia. Pero Macedonia seguía siendo débil y estaba amenazada desde todas partes. Los ilirios volvían a estar activos, y puede que Alejandro II comprase la paz pagándolos tributo, como los reyes anglosajones pagaban el *danegeld* para mantener alejados a los vikingos o la gente que paga dinero a los mafiosos por protección. En esos casos, esas medidas desesperadas no proporcionan un respiro permanente, porque el agresor regresa pronto. Puede que Filipo fuese enviado como rehén para cimentar el acuerdo. Tebas, ahora dominante tras infligir una impresionante derrota a los espartanos en Leuctra en 371 a.C., también estaba activa en Tesalia en esta época, y Macedonia no podía esperar competir por sí sola con una importante potencia griega. En 396 a.C., el general tebano Pelópidas le impuso la paz a Macedonia y a las ciudades enfrentadas de Tesalia, y como parte de este acuerdo Filipo fue sin duda enviado a Tebas como rehén junto con treinta hijos de nobles macedonios.¹⁷

Filipo pasó casi tres años en Tebas, gran parte del tiempo viviendo como invitado en la casa de Pammenes, un aristócrata rico con buenos contactos. Aunque no era libre de marcharse, se trataba de un confinamiento muy relajado y cómodo. Durante generaciones, los argéadas ha-

bían recibido con los brazos abiertos la cultura griega, y especialmente la ateniense, de modo que Filipo ya había leído y conocía las grandes obras de la literatura y el teatro. Un muchacho macedonio también estaba preparado para la guerra; había aprendido a cabalgar y luchar desde tierna edad. Cazar era al tiempo la gran afición de la aristocracia y entrenamiento para la guerra. Se decía que un macedonio tenía que sentarse en lugar de reclinarsse en el comedor hasta que hubiese matado a un jabalí sin haberlo atrapado en una red. Sin duda, esa costumbre solo se aplicaba a los hombres de la aristocracia, y puede que en la práctica fuese menos rígida de lo que pensaban los extranjeros, pero de un joven argéada se esperaba valor y destreza con las armas.¹⁸

Las ciudades-estado griegas consideraban a las monarquías como la de Macedonia inherentemente retrasadas. Aun así, la cultura aristocrática en la mayoría de las ciudades seguía estando más cercana a esas costumbres anticuadas. Los aristócratas se podían permitir tener caballos, montar por placer, para viajar y por la emoción de la caza. En Atenas y en otras partes, la clase más rica era conocida como *hippeis*, jinetes o caballeros. También tenían el tiempo libre para estudiar y analizar, y para dedicarse por completo al entrenamiento físico, las competiciones y las demostraciones del gimnasio. Pelópidas era famoso por su obsesión con el entrenamiento físico y el culturismo. Aunque la experiencia fuese distinta, no era completamente ajena a la educación de Filipo. Posteriormente, su actitud hacia Tebas sería pragmática, lo que sugiere que no sentía por ella un gran cariño ni un odio especial. Trató a Pammenes como a un amigo, y aunque le resultaba políticamente conveniente hacerlo, bien puede ser que el sentimiento fuese genuino. Se creía que aceptar la hospitalidad de un aristócrata, fuese simplemente visitando su país a título privado, como representante del estado o incluso como rehén creaba un lazo entre ambas partes, una amistad ritualizada familiar en los poemas de Homero. Una fuente afirma que Pammenes y Filipo eran amantes, pero esta clase de historias son lo suficientemente corrientes cada vez que un joven entra en contacto con un hombre famoso y es imposible saber si hay algo de verdad en ellas.¹⁹

Pammenes era un hombre importante que ya tenía una cierta reputación familiar y llegaría a liderar ejércitos tebanos. Tenía muy buena relación

con Epaminondas, que junto con Pelópidas había encabezado la reciente ascendencia tebana, dirigiendo al ejército y luchando en la vanguardia en la derrota de los espartanos en Leuctra. A través de su anfitrión, Filipo estableció contacto con el general más famoso de su tiempo. Epaminondas era un hombre serio, devoto de la filosofía pitagórica que, aparte de su interés en números y fórmulas, le hacía negarse a comer carne o a participar en sacrificios animales. Aunque aristócrata de nacimiento, no era rico y se le consideraba una especie de excéntrico porque parecía disfrutar de una vida sencilla dedicada al aprendizaje y la virtud. Plutarco dice que Filipo «comprendía su (la de Epaminondas) eficiencia en la guerra y las campañas», pero que ni por naturaleza ni por elección se sintió inclinado a copiar su «autocontrol, justicia, magnanimidad y amabilidad, en lo que Epaminondas sobresalía».²⁰

Algunas fuentes antiguas dicen que los años pasados en Tebas tuvieron una importante influencia sobre Filipo, pero no entran en detalles. Los estudiosos modernos a menudo han ido mucho más allá, afirmando que en aquellos años aprendió a utilizar equipamiento militar y fue adiestrado en táctica, estrategia, política y diplomacia. Lo único que podemos decir con certeza es que durante varios años experimentó la vida entre la élite en una importante ciudad-estado griega. Tuvo la oportunidad de ser testigo de los caprichos de la política tebana y entre la más amplia comunidad de ciudades-estado, porque en aquellos años el prestigio de Tebas estaba en su cénit. La política y la guerra habrían ocupado el mismo tiempo o más en las conversaciones entre sus anfitriones que las ideas y la cultura. Cuánto comprendió y aprendió de ello es pura conjetura.²¹

A finales de 368 a.C. o a principios de 367 a.C. (no podemos estar seguros debido a los sistemas de datación), Alejandro II de Macedonia fue apuñalado durante una danza guerrera ritual (*telesias*) celebrada como parte de un festival, situación que propició que se viese rodeado por varios jóvenes armados. Aunque un hombre fue ejecutado por el asesinato, la mayoría parece haber creído que la conspiración estaba encabezada por Ptolomeo de Aloro, al que se menciona como prominente de la corte de Amintas III en una inscripción en Atenas. Diodoro dice que Ptolomeo era hijo de Amintas y hermano del joven rey. Quizá fuese hijo de una tercera y por otra parte desconocida esposa de Amintas, o simplemente

un argéada de otra rama de la familia, pero como de costumbre, sencillamente no lo sabemos. Justino culpa a Eurídice del asesinato de su propio hijo, así que algunos historiadores han identificado a Ptolomeo como el anónimo yerno y amante con el que supuestamente había conspirado unos años antes.²²

Pérdicas no era aún lo bastante mayor como para sucederlo, así que Ptolomeo se hizo cargo como regente o guardián (*epitropos*). No acuñó monedas con su nombre, y las opiniones están divididas acerca de si se proclamó o no rey, pero no hay duda de que se convirtió en gobernante de Macedonia en todos los aspectos importantes. Puede que se casara con Eurídice, y parece ser que esta tuvo un perfil bastante público durante estos años. Aunque esto podría confirmar la historia de Justino de ilícita pasión asesina, es también posible que no tuviese ningún poder de decisión en el asunto y sencillamente hiciese lo que era necesario para protegerse a sí misma y al resto de sus hijos. Que tengamos pruebas de que dedicase una estatua en un templo de la diosa de la buena reputación podría ser puro azar, un intento de acallar las mentiras que se contaban de ella, o incluso un osado desafío a la verdad.²³

La posición de Macedonia siguió siendo débil. Pelópidas de Tebas intervino pronto tras el asesinato, pero moderó su postura y alcanzó un acuerdo cuando Ptolomeo se las arregló para sobornar a algunos de los mercenarios que servían con los tebanos. Ptolomeo tuvo que enviar a Tebas a otros cincuenta rehenes, incluido su propio hijo, pero conservó el poder. En 367 a.C. apareció una amenaza más directa cuando Pausanias, un argéada exiliado, probablemente perteneciente a otra rama de la familia real, atacó con su propio ejército de mercenarios. Este pretendiente organizó su campaña desde la Calcídica al este y encontró importantes apoyos, fuese por su propia reputación o por la antipatía hacia Ptolomeo. Varias comunidades macedonias fueron tomadas rápidamente o decidieron darle la bienvenida al pretendiente. Ptolomeo carecía de las fuerzas para derrotarlo, así que hizo lo que muchos gobernantes macedonios habían hecho en el pasado y buscó ayuda externa.²⁴

Ifícrates era un famoso general ateniense que había pasado gran parte de su vida en campañas en el norte como representante de su ciudad y líder mercenario. Se había casado con una princesa tracia y en ciertos

momentos había tenido tratos con Macedonia y Amintas III, de quien se decía que lo había adoptado. En estos momentos estaba al mando de un escuadrón de naves de guerra atenienses que viajaba por la costa cerca de la ciudad de Anfípolis tratando de reestablecer una presencia ateniense en la Calcídica a pesar de la hostilidad de las ciudades de la zona. Ptolomeo le pidió ayuda, aunque nuestras fuentes sugieren que fue Eurídice quien tomó la iniciativa y le pidió a Ificrates que acudiese en su ayuda. Décadas después, el orador ateniense Esquines se jactaría de haberle recordado a Filipo aquel favor, afirmando que su madre «puso a tu hermano en brazos de Ificrates y a ti sobre sus rodillas, porque solo eras un niño». Ella le recordaría al general ateniense a su fallecido esposo Amintas, que «te hizo su hijo y disfrutó de la amistad de la ciudad de Atenas». En honor a esa relación, le rogó su protección para sus hijos y para Macedonia. El llamamiento surtió efecto e Ificrates echó a Pausanias «de Macedonia y conservó la dinastía para ti».²⁵

Esquines contó la historia décadas después mientras se defendía de acusaciones de mala conducta durante una embajada a Filipo, y se afanó en demostrar que le había recordado al monarca macedonio los servicios prestados en el pasado por Atenas a él y su familia. Los discursos, especialmente los pronunciados en la acalorada atmósfera de la política ateniense, no eran conocidas por su estricta adherencia a la verdad, y parte de este relato es definitivamente extraño. Filipo tenía catorce o quince años por entonces, Pérdicas al menos un año más, así que ninguno de ellos era pequeño y la imagen de sentarse en las rodillas del general ateniense resulta altamente improbable. Además, Filipo era rehén en Tebas por entonces, en absoluto cerca de la corte real. Por otra parte, el discurso estaba pensado para convencer a sus compatriotas atenienses de la antigua buena voluntad de Filipo, y hubiese sido extraño y peligroso para Esquines decir todo eso si no hubiese existido base alguna para afirmar que Atenas había ayudado a la familia real durante esta crisis. Es muy probable que más que inventar, embelleciera los detalles. En un instante anterior del discurso, Esquines dijo que hubo un momento en que Filipo y Pérdicas corrían peligro y Eurídice «había sido traicionada por quienes decían ser sus amigos». Quizá fuese una alusión al asesinato de Alejandro y la toma del poder por Ptolomeo, sugiriendo que la reina fue un peón atrapado en una

lucha de poder más que una conspiradora adúltera. La única mención de Ptolomeo en el discurso está lejos de ser positiva, porque casi en cuanto Pausanias había sido rechazado, el regente colaboró con Tebas y se alió con la ciudad de Anfípolis contra Atenas. Esquines califica estos actos como «desagradecidos y escandalosos», aunque eran característicos de los rápidos cambios de alianzas hechos por los monarcas macedonios... y por la propia Atenas.²⁶

Ptolomeo fue asesinado en 365 a.C. por Pérdicas o por alguien que actuaba en su nombre, y el segundo de los hermanos de Filipo se convirtió en gobernante único, sin ser controlado por un regente. Quizá simplemente había alcanzado una edad en la que ya podía gobernar solo o ya no se le podía controlar fácilmente, lo que provocaría una lucha de poder que culminó en el asesinato. Su política no difirió de la del regente muerto y al principio no favoreció a Atenas. En lugar de ello, renovó la alianza con Tebas, y como parte del acuerdo Filipo regresó a casa. Nunca volvería a verse en manos de enemigos ni de ninguna potencia extranjera.²⁷